

EL DILEMA DEL PUERCO- ESPÍN

LEANDRO
KARNAL

**EL
DILEMA
DEL
PUERCO-
ESPÍN**

Cómo encarar
la soledad

 PAIDÓS®

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – Brasil

Título original: *O dilema do porco-espinho: como encarar a solidão*

© 2018, Leandro Karnal

Traducción: Nicolás Gómez

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Santiago Solís

Fotografía del autor: © R. Trumpauskas

© 2018, Editora Planeta do Brasil – São Paulo, Brasil

Derechos reservados

© 2020, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial ARIEL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en Brasil: octubre de 2018

ISBN: 978-85-422-1436-9

Primera edición en formato epub en México: junio de 2020

ISBN: 978-607-747-924-6

Primera edición impresa en México: junio de 2020

ISBN: 978-607-747-920-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Índice

INTRODUCCIÓN. PARA EMPEZAR	9
CAPÍTULO 1. NO ES BUENO QUE EL HOMBRE ESTÉ SOLO . .	17
CAPÍTULO 2. LA SOLEDAD ENTRE MILLONES: REDES Y MUNDO VIRTUAL.	33
CAPÍTULO 3. SOLEDAD, SOLITUD Y LIBROS	61
CAPÍTULO 4. EL DIOS DE LA SOLEDAD	95
CAPÍTULO 5. LA IMAGEN DEL SOLITARIO: ARTE Y CINE EN BUSCA DEL AISLAMIENTO IMAGÉTICO . . .	137
CAPÍTULO 6. LOS CONFINAMIENTOS SOLITARIOS	165
CONCLUSIÓN. SOLITARIOS DEL MUNDO, ALEJAOS	197
AGRADECIMIENTOS	207

CAPÍTULO 1

No es bueno que el hombre esté solo

Es conocida esta idea bíblica. Dios había terminado de crear todo; concluyó su semana emprendedora y vio que todo estaba bien. Después de descansar, el Todopoderoso constató que el ser humano, creado a Su imagen y semejanza, no tenía correspondiente en la especie. «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada» (Gn 2, 18).

Sobre esta idea divina se pueden hacer tres reflexiones interesantes. La primera es que todos los animales fueron creados por pares, macho y hembra, pensados como pareja en el momento mismo de la creación. También entrarían por pares a la futura arca de Noé. En el mundo bíblico existir es ser dupla. El único que surgió solo, sin nadie más de su especie, fue Adán. Él fue el primer producto de la creación modificado *a posteriori*, el primer ser que fue redefinido después de existir.

La segunda reflexión es que, al ser creado sin correspondencia, Adán sigue el modelo divino, también exento de duplicidad. Si Dios hizo al hombre a Su imagen y

semejanza (Gn 1, 26), lo hizo sin un equivalente femenino, por lo que fue necesaria una enmienda que aparentemente no estaba prevista. El primer hombre cayó en un sueño profundo y su costilla se transformó en Eva. Al ver lo que había surgido ante él, Adán afirmó: «Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada» (Gn 2, 23).

La tercera es que el primer hombre no se da cuenta de su soledad. Adán no se ha quejado ni ha pedido nada. Está en el Paraíso y no siente dolor ni angustia, vive perfectamente integrado. Ha estado muy activo clasificando, ya que ha dado nombre a todos los seres vivos. Está feliz, ya que en la obra divina no puede haber errores ni lagunas. Quien percibe que algo falta es Dios y no el hombre. En rigor, el acto de corregir o complementar la creación con una medida excepcional es algo sorprendente. La soledad de nuestro primer padre es la causa de la reingeniería estratégica que se relata al comienzo de la Torá. Sin embargo, no existen registros de soledad ni queja por parte de Adán. Tal vez haya sido la única experiencia de soledad no consciente del género humano: estaba aislado como ser; sin embargo, no conocía ni padre, ni madre, ni familia a la cual pudiera echar de menos. No había tenido amigos que pudiera haber perdido ni había pertenecido a algún grupo social del que pudiera sentirse alejado. Adán ni siquiera sabía que existía la posibilidad de una hembra. ¿Acaso al ver monos, caballos y osos por pares pensó en su especificidad? Nada en la Torá conduce a esa conclusión. Nuestro ancestro de la tradición

judeocristiana fue la única persona solitaria que no se daba cuenta de que lo estaba. Como veíamos, demuestra satisfacción al contemplar a Eva y la elogia por ser semejante a él: «hueso de mis huesos y carne de mi carne». Eva llamaba su atención porque... se parecía a él. Esta es una fórmula permanente en los humanos: en el otro elogio mi propio reflejo.

Vamos un poco más allá. La soledad no termina con la presencia del Otro absoluto, sino con la del Mismo en la especie. La obra maestra del sexto día es el hombre similar al creador. El último acto creador del Altísimo es la mujer, hueso y carne de Adán. Así empezamos el juego de la soledad: hace falta alguna diferencia y mucha semejanza para crear un remedio contra ella. La Torá condena el celibato. Casarse es parte de las obligaciones básicas del ser humano. Profundizando en el tema del Génesis, el libro llamado Zohar afirma que el soltero es medio cuerpo y que, por lo tanto, está incompleto.

Como toda narrativa fundacional, el Génesis toca las estructuras antiguas de nuestra percepción. Estar solo sería estar dividido por la mitad, deseoso de complemento. Estar acompañado es la plenitud del ser y su destino arquetípico. La tradición bíblica judía desconfía del aislamiento. El eremita, místico habitante de las zonas desoladas y desérticas, que dudaba de ciertos aspectos de la vida en pareja, aparecería después, en el mundo cristiano. En la tradición judaica, los célibes no desempeñan un papel importante.

En el período del Edén todavía estábamos bajo el imperativo categórico de la compañía. En el exilio en la

Tierra muchos hombres «conocerán» a mujeres, dándole al verbo un sentido ligeramente distinto al actual. La orden de crecer y multiplicarse es imperativa, no es ni un consejo ni una recomendación de carácter general. La necesidad de perpetuar el nombre en los hijos llega a tal grado que la ley divina permite que me acueste con mi cuñada si mi hermano muere sin haber tenido hijos. Superando pudores tradicionales, el hijo que resulte de esto llevará el nombre de mi hermano.

En el capítulo 38 del Génesis aparece un personaje poco citado en la memoria religiosa: Onán, hijo de Judá. Como su hermano Er había muerto sin dejar herederos, Dios le ordenó expresamente: «Cásate con la mujer de tu hermano y cumple como cuñado con ella, procurando descendencia a tu hermano» (Gn 38, 8). Es importante recordar que, según consta en el mismo capítulo, Dios había matado al hermano de Onán por contrariarlo. Haber ofendido a Dios debería ser suficiente para que la justicia divina castigara al infiel impidiendo la continuidad de su nombre. Pues bien, incluso en este caso, el de un hombre que fue malo a los ojos del Señor, el imperativo de tener descendencia era fundamental. Para concluir la vieja historia: Onán se valió de recursos atípicos para no embarazar a su cuñada y, finalmente, Dios mató al segundo hijo de Judá igual que lo había hecho con el primero. No cumplir la obligación de multiplicarse y contribuir a que el nombre persista sobre la Tierra es motivo de pena capital. Al desobedecer la orden de crecer y multiplicarse, Onán fue condenado a muerte. Hay que destacar en el relato la enorme importancia que

tiene para Dios el que hombres y mujeres cumplan con el deber de multiplicarse. Estar solo, no tener hijos, no casarse, no colaborar para que el nombre perviva es un acto que va en contra de la esencia del plan de Dios. Onán terminaría dando nombre al vicio del onanismo (masturbación), aunque de las Escrituras no pueda extraerse nada al respecto.

Demos un salto de milenios. Para los patriarcas y los personajes de la Torá, la relación con Dios es personal, las órdenes son claras y raramente existen atenuantes o interpretaciones. Estar solo es una excepción que se debe evitar. El judaísmo nunca ha visto un valor efectivo en el celibato ni en la castidad.

Dejemos el campo de los textos sagrados y avancemos hasta el siglo XIX. Quiero hablar de un científico victoriano, Charles Darwin. Dueño de una renta suficiente y absorbido por completo en sus investigaciones, podía darse el lujo de no seguir automáticamente la tradición matrimonial, pero hizo algo que sería raro incluso hoy en día: decidió distanciarse de la idea de matrimonio por medio de la reflexión y ponderar sus pros y contras. Quizás solo un científico con flema británica podría hacer algo semejante; la cuestión es que el padre de la teoría de la evolución hizo una lista de los puntos positivos y negativos del matrimonio.

En el verano de 1838, el naturalista había cumplido 29 años. En el siglo XIX eso significaba ser un hombre plenamente adulto que ya ha recorrido una parte considerable de su existencia. Si se compara esa edad con la que en la actualidad se cree llegar a la plenitud adulta, sería correcto

suponer que Darwin estaría alrededor de los 50 años. Es un momento crucial. Está sano, pero existen indicios de que la plena primavera ha quedado atrás. El ritmo de vida ha dejado de ir en ascenso. La idea de casarse o tener hijos pudo haberse acelerado por la cronología. Por medio de la reflexión, Darwin trató de tomar la decisión de casarse o no de una manera más clara y racional, algo que sus coetáneos hacían de forma automática.

Probablemente, las lectoras y los lectores que se han casado tomaron esa decisión basándose solo en la relación que tenían con su compañera o compañero. Si el amor parece sólido e intenso, la gente empieza a pensar en casarse. Sin embargo, en la época de la que hablamos todavía no imperaba la subjetividad romántica y Darwin no hacía sus consideraciones a partir de una afinidad electiva clara o una inclinación amorosa previa.

Al parecer, la candidata que lo llevó a plantearse la posibilidad de casarse fue su prima, Emma Wedgwood. Las imágenes de ella nos muestran a una mujer bonita y su biografía la pinta como una persona sensata y amorosa. En nuestro mundo, el afecto del uno por el otro ya haría que fijaran fecha para la boda. Darwin pasa esto por alto y a la vez afirma que había buenos motivos para la unión. Uno de ellos era la posibilidad de tener hijos. Otro era tener compañía en el presente y alguien a quien cuidar y que lo cuidara en la vejez. En una reflexión que chocaría a muchos en el mundo actual, afirmaba que la compañía de una mujer era superior a la de un perro. En la casa habría música y un ambiente más agradable en comparación con el que habría si él estuviera solo.

Pero no todo eran flores. El matrimonio disminuiría su libertad para ir y venir cuando quisiera. Tendría menos oportunidades de buscar conversaciones deseables con hombres inteligentes en los clubes masculinos, tradicionales en Gran Bretaña. En vez de eso, tendría que dedicar tiempo a visitar parientes. Los niños generan gastos y criarlos provoca mucha ansiedad. Puede haber fricciones con la esposa. El dinero disponible para comprar libros disminuiría y tendría que gastar mucho más en la alimentación. Mostrando que ya estaba inclinado a casarse, consideró que con Emma a su lado tendría menos tiempo para trabajar, pero que trabajar mucho perjudicaba a la salud.

Una vez hecha la lista –y habiendo considerado que, si optaba por el matrimonio, tendría que responder otra pregunta: ¿ahora o más adelante?–, Darwin se casó con Emma a fines del mismo año en que realizó esas ponderaciones. Aparentemente, la decisión de casarse para contar con afecto y compañía permanente fue muy favorable, ya que la pareja tuvo diez hijos. Emma se convirtió en un apoyo incansable para el trabajo del marido. Incluso lo estimuló a seguir publicando después de la aparición de su trabajo principal, *El origen de las especies*. Los hijos se criaron en un ambiente menos autoritario de lo normal y varios lograron destacarse en sus respectivas carreras. Darwin falleció en 1882 y, como se esperaba, de acuerdo con las relaciones de género en el siglo XIX en Gran Bretaña, Emma lo acompañó hasta el fin, pero, ciertamente, como pareja fueron más allá de la mera formalidad y los deberes de un contrato nupcial: se

amaron. Emma, la prima que se convirtió en su esposa, falleció en 1896. Me pregunto si algún día habrá encontrado la lista entre los papeles del fallecido esposo. Si lo hizo, debió sonreír: Darwin fue feliz con su elección. El matrimonio lo alejó de la soledad y confirmó todos los buenos presagios sobre lo que podía ganar si decidía formar una familia.

Dios nos ordena estar en compañía, Darwin reflexiona al respecto y volvemos al dilema del puercoespín del que hablábamos en la introducción. Por cada pareja feliz, como la familia Darwin, todos conocemos decenas de ejemplos de familias infelices. Hoy en día la lista de Darwin tendría que haber considerado más cosas. En la actualidad la búsqueda de libertad individual es un imperativo categórico aún más fuerte que en el siglo XIX. En el siglo XXI la decisión se basa casi exclusivamente en el voluntarismo amoroso. La interferencia familiar en raras ocasiones es eficaz; por el contrario, parece acelerar la unión.

Tener compañía, en especial buena compañía, le proporciona mucha alegría a la vida. El juego solo/acompañado es casi inevitable. El frío y las espinas nos llevan a pensamientos y actos erráticos. Quiero estar solo, quiero compañía y me gustaría controlar esos dos momentos a voluntad. No es posible. La búsqueda de equilibrio ha sido un desafío permanente que ha conducido a matrimonios y divorcios. Experimentamos el síndrome del lobo errante: deseamos la protección y compañía que nos proporciona la manada; sin embargo, no queremos que esta nos imponga el ritmo de la marcha. ¿Cómo

austrarle a la luna, solitario y feliz, y al mismo tiempo recibir el calor del grupo o de un acompañante?



En el siglo XXI hay que considerar un agravante. Más adelante hablaremos de la notable ambigüedad que provocan las redes sociales. Con *smartphone* en mano me conecto con todo y con todos los que no están físicamente cerca. Converso, envío fotos, tengo muchos contactos y una significativa sociabilidad virtual. Soy alguien en comunicación permanente y, día y noche, en la cama o en el transporte público, a veces hasta en el baño, puedo leer y conversar. Curiosamente, la conectividad elimina o disminuye el contacto con todos los que están cerca. Estamos conectados con personas virtuales, pero no tenemos ningún vínculo con los seres reales más próximos. Un transporte público, sobre todo, si la mayoría de los viajeros son jóvenes, será una hilera continua de auriculares, teléfonos y pulgares nerviosos que saltan de pantalla en pantalla. En estas condiciones, hay pocas probabilidades de que nuestro ser conectado le preste atención al paisaje por el que transita o a las personas que están sentadas a su lado.

Es posible que el mundo actual ya tenga la respuesta para el dilema de Schopenhauer: ¿en qué punto habrá calor suficiente y la distancia necesaria para evitar que las espinas nos hieran? Probablemente la respuesta sería en el mundo virtual. No estoy solo, estoy en comunicación constante, sé de los otros y ellos saben de mí, publico

fotos, interactúo con los demás a través de imágenes, textos y hasta por mensajes de voz. Los seres unidos por las redes emiten cierto calor, un fuego fatuo tal vez; sin embargo, este es suficiente para que la soledad no nos congele por completo. No será el glorioso sol del vínculo real de los románticos, pero es un pasaporte hacia algún lugar alejado de la fría y aislada Siberia.

Hay otro dato que mejora aún más esa opción: quien domina las relaciones virtuales soy yo. Puedo bloquear, ignorar, echar y borrar con un solo clic, bajo la soberana voluntad de mi ser. El celular soy yo, dirían los nuevos «Luis XIV» de la era digital. Soberano absoluto y poderoso, ante la menor señal de espina, ante el primer indicio de fricción, en cuanto los otros puercoespines empiezan a incomodarme, con una simple tecla elimino de una vez y para siempre la posibilidad de ser lacerado por una púa. ¿El filósofo alemán habrá imaginado una solución así?

Sigamos. Los dispositivos digitales no solo son una solución para el juego calor-espinas. Si un ambiente nos fastidia, nos genera incomodidad, también podemos usar el celular para defendernos de las personas reales. Darwin consideró no casarse para no tener que visitar a los parientes. Los compromisos familiares conllevan algún sinsabor. El naturalista inglés no podía saberlo pero, hoy en día, en nuestra esclarecida e iluminada época líquida, podría visitar a sus parientes y pasársela tecleando para evitar las miradas y tener que interactuar con ellos. Doble defensa frente a las espinas ajenas, alejamos las relaciones virtuales hacia un mundo de flujos

etéreos y, a la vez, alejamos el mundo real valiéndonos de esos mismos flujos virtuales.

La pregunta central del filósofo alemán era a qué distancia se puede obtener suficiente calor sin riesgo de lastimarse; a qué distancia está la zona de comodidad sin espinas. En muchos sentidos, el mundo digital ha sido la respuesta para hallar el equilibrio entre el dolor de la soledad y el dolor que nos causa el contacto con otras personas.



Sería imposible entender la nueva percepción de la soledad sin tomar en cuenta el imperativo contemporáneo de felicidad. Durante miles de años se pensó que la felicidad era algo que solo se podría alcanzar en el mundo después de esta vida. Esta idea animó toda la religión egipcia y gran parte de los monoteísmos. El lema católico definía nuestra vida real, de carne y hueso, como un valle de lágrimas. El mundo era escenario de una tragedia permanente. Éramos los hijos de Eva desterrados a perpetuidad, habíamos perdido el Paraíso original y estábamos condenados al dolor y al trabajo. Era un mundo de angustia sempiterna. Con mucho esfuerzo, sacrificio y fe podríamos tener alguna esperanza, pero solo para después de la dolorosa experiencia terrena.

Muchos cuadros de la Edad Media y la Edad Moderna le recordaban a la gente que por detrás de toda vanidad estaba el vacío, porque la vida es pasajera. En esa época surgió el género de pintura *vanitas*, cuyos cuadros

muestran calaveras, relojes de arena o flores efímeras para recordarnos la muerte, omnipresente e inevitable. También está el grupo *memento mori*, recordatorio de la muerte súbita. Por lo general nos muestra a un grupo de jóvenes saludables y felices, en el apogeo de la confianza juvenil, a quienes visita la indeseable muerte. En el auge de la peste, las danzas macabras del siglo XIV mostraban a reyes, obispos y agricultores, todos hermanados en el destino humano del fin de la vida. «*Nulla in mundo pax sincera*», dice el sacerdote Vivaldi en un famoso canto sacro. En el mundo la paz es siempre pasajera, superficial y engañosa. Mientras respiremos, nunca podremos confiar en ningún idilio perenne. Hasta la felicidad era vista con desconfianza. La gravedad de las verdades religiosas tenía que poner al fiel en guardia permanente, porque al fin y al cabo nadie sabe el día y la hora en que puede llegar el fin de los tiempos o el de uno mismo (Mt 24, 36).

El verdadero hombre de fe era circunspecto. Pocos seguían la tradición del «juglar de Dios», Francisco de Asís, quien insistía en la alegría del Evangelio. La alegría de la buena noticia (el Evangelio) se fue leyendo cada vez más como temor a la muerte y al juicio.

Todo cambió. El mundo dejó de leerse solamente en clave religiosa. Una actitud de confianza fue apareciendo lentamente desde el Renacimiento. Con momentos de expansión y retracción, el nuevo individuo empezó a cultivar cada vez más la idea de que la felicidad no era una esperanza futura, sino una realidad posible en el presente.

A partir del siglo XIX, el mundo contemporáneo reforzó la noción de elección personal, entre otras cosas,

como la forma más adecuada para encontrar la felicidad. Los matrimonios arreglados fueron desapareciendo porque las personas necesitaban sentir el amor genuino. Surgió la noción, extraña durante siglos, de que la unión de un hombre y una mujer no era un contrato formal para generar hijos legítimos a los que se pudiera heredar, sino que tenía la finalidad de construir una familia feliz. Imagínense lo raro que era, en el seno de la milenaria monarquía inglesa, que la reina Victoria estuviera perdidamente enamorada de su marido, el príncipe Alberto. No solo era una novedad en la monarquía, sino una tendencia en ascenso: el matrimonio y la familia podían traernos felicidad.

Un paso adelante: en el mundo del Antiguo Régimen la profesión era prácticamente una herencia familiar. Si mi papá era abogado, yo también tenía que serlo. La decisión ya estaba tomada.

Imaginen el salto hacia nuestra época: yo elijo con quién me voy a casar y la profesión que quiero ejercer. Ahora, por lo menos en apariencia, yo asumo voluntariamente el riesgo de alcanzar o no la felicidad. Con el cada vez más imperante individualismo, casi cualquier cosa es válida siempre y cuando yo la quiera, y siempre y cuando sea algo que yo deseo y elijo.

¿Por qué hablar tanto de estos cambios en un libro sobre la soledad? Sucede que a partir de ellos la incomodidad de estar solos o ser infelices se volvió más evidente. Ahora el individuo ya no se conforma con una vida pasajera y de pocos placeres, sin una familia que le dé alegría y sin un trabajo en el que se sienta feliz. Hoy la gente exige poder sentirse completamente realizada.

Lo que quiero decir es que en el siglo XXI, para la mayoría, es inadmisibile no ser feliz, sentirse mal o no alcanzar la plena realización en la vida.

Vivimos la época de oro de la felicidad. Es el tema que más vende en libros y videos. En las redes sociales son obligatorias las escenas de alegría. Las amplias sonrisas mostrando la dentadura, escasas en el arte clásico, dominan las fotos actuales. Todos sonreímos el tiempo suficiente para salir bien en la foto. Sin sonrisa no hay ocasión para una imagen. Aparecer en las redes es exhibir que se es feliz.

Como deberíamos ser profundamente felices, todo desvío del camino áureo de la realización es un defecto que hay que corregir. Estar solo es impensable. Existen manuales para buscar la pareja ideal. En casi todas las revistas hay tests y cuestionarios. La riqueza, el amor, la realización profesional y la estética personal comienzan a ser vistas como parte de una meta posible y deseable. Todos pueden alcanzarla si se concentran en ello y son resilientes. Nadie tiene por qué estar solo.

Hay algo positivo en ese cambio. Las normas sobre los roles sociales se flexibilizaron y esto ha permitido que muchas mujeres puedan escapar al matrimonio y a la maternidad, los cuales han dejado de ser algo obligatorio y acorde a la «naturaleza femenina». Las mujeres del siglo XXI pueden vivir solas, trabajar, construir un proyecto de vida sin tener que seguir guiones canónicos. No obstante, hasta la mujer libre y empoderada tiene que explicitar que es feliz aunque no sea madre, así como las que lo son tienen que manifestar que son felices con

la maternidad. El nuevo imperativo no es casarse, tener hijos y seguir una carrera estable. El imperativo absoluto es «ser feliz» y si no lo eres, al menos tienes que parecerlo en las fotos que publicas en las redes sociales.

Al parecer, la soledad pesa más en un mundo en el que la felicidad es una cláusula escrita en piedra. La era de la plena libertad de elección y realización es también la era de la farmacopea contra la tristeza. Nunca habíamos sonreído tanto como lo hacemos en las redes sociales y nunca habíamos consumido tantos remedios para dormir, despertar o ser viriles.

Esta contradicción parece cruel. La demanda de representación contradice a la realidad. La soledad ha perdido incluso su papel como posibilitadora de reflexión y equilibrio, ahora se ve más como un estigma.

Así, para encaminar este primer capítulo hacia una conclusión, tenemos que entender la soledad a través de la nueva lente según la cual la felicidad es un imperativo categórico. Estar con amigos, familia, novios y novias, amantes, maridos y esposas es visto como un marco obligatorio. Alguien que cena solo en un restaurante es considerado infeliz, aunque las parejas que están alrededor del solitario o la solitaria estén concentradas en sus celulares todo el tiempo. ¿A alguien se le ocurriría pasar una noche de Navidad o Año Nuevo en total soledad? Para nuestra concepción actual, es algo poco probable.

Casi todos opinan que preferir la soledad es un defecto. No existe el término *casadona* para referirse a las mujeres que se quieren casar, pero sí existe el despectivo *solterona* y se usa a menudo para señalar a las que no se

han casado. A pesar de todo el camino recorrido en la superación de estereotipos y prejuicios, la sociedad sigue viendo con reserva a los hombres y las mujeres que llegan solteros a la edad madura.

Aquí les presento, queridas lectoras y estimados lectores, algunos puntos sobre la soledad que desarrollaremos en los próximos capítulos. Del Génesis a la familia victoriana, de las redes sociales al mundo contemporáneo y sus representaciones, debemos mirar la soledad –tema rechazado, reprimido, negado– desde una perspectiva sincera. Las preguntas básicas giran en torno a una serie de ejes que ustedes ya habrán intuido: ¿cómo respondo al dilema del puercoespín? ¿Estar solos aunque estemos acompañados es más cruel que estar solos sin compañía? ¿Quién soy realmente cuando estoy solo, en pareja o en grupo? ¿Alguna vez alguien dejó de estar solo o creamos opiáceos y paliativos, como el matrimonio, solo para ocultar la aterradora realidad de que estamos irremediablemente solos? No es bueno que el hombre esté solo y, sin embargo, cuando dejó de estarlo comenzó el complejo juego que condujo al pecado, el homicidio, los actos infames y tantos otros males. Adán fue perfecto únicamente mientras no tuvo a otro ser humano. Después comenzaron las mentiras, la caída, el sufrimiento y el dolor producido por los enfrentamientos entre los hombres. El mandato que dice «Creced y multiplicaos» parece contradecir la afirmación de que nadie conoce la verdadera paz en esta vida. Esta idea parece ser la forma en que la Biblia manifiesta el dilema del puercoespín de Schopenhauer. Recuerda: hasta aquí has leído el libro en soledad. ¿Has sido feliz?